

Protesta, desobediencia y violencia subversiva. La Semana Trágica de julio de 1909 en Cataluña

Protest, Disobedience and Subversive Violence. The July 1909 Tragic Week in Catalonia

Gemma Rubí

Universitat Autònoma de Barcelona

Recibido: 2-III-2011

Aceptado: 19-XII-2011

Resumen

Este artículo pretende revisar la Semana Tràgica de julio de 1909 en dos vertientes. Por un lado, pone de manifiesto su amplia extensión territorial, que alcanzó toda Cataluña, con una mayor intensidad en las comarcas barcelonesas y gerundenses. Por otro, observa esta amplia insurrección como una revuelta contra el Estado de la Restauración borbónica, puesto que los amotinados colapsaron las comunicaciones por las que circulaba su autoridad.

Palabras clave: Insurrecciones, Restauración borbónica española, Semana Trágica de Cataluña, Historia social, Movimientos sociales.

Abstract

This article aims to revisit the Tragic Week of July 1909 on two fronts. On the one hand, shows the wide extent of the territory reached Catalonia, not only Barcelone, with greater intensity in the regions of Barcelona and Girona. Furthermore, look at this widespread insurrection as a revolt against the state of the Bourbon Restoration, since the rebels collapsed communications from circulating his authority.

Keywords: Insurrections, Spain Bourbon Restoration, Catalonia Tragic Week, Social History, Social Movements.

Contemplar la rebelión de julio de 1909 en Cataluña como una revuelta contra la autoridad estatal o una insurrección que hoy denominaríamos antisistema es un eje de debate que apenas se ha planteado hasta el momento, dado que tradicionalmente la historiografía ha preferido poner el acento en la violencia anticlerical reflejada en la quema de edificios religiosos¹. Y, cuando se ha reivindicado la dimensión política, ha sido sobre todo para explicar las repercusiones del caso Ferrer y Guardia y la movilización internacional que provocó su sentencia de muerte sobre el futuro de la vida política de la Restauración².

La mirada que planteamos en este artículo pretende reconsiderar esta insurrección contextualizándola en una arraigada dinámica de protesta política tradicional, que frecuentemente se manifestó con un carácter abiertamente antiestatal³, protagonizada por los sectores populares y mesocráticos en la Cataluña contemporánea, y especialmente del último cuarto del siglo XIX⁴.

-
1. La bibliografía sobre el componente anticlerical de esta insurrección es muy abundante. Una aproximación historiográfica en PALÀ, Albert, «L'obrerisme i la crema de convents de 1909. Algunes reflexions historiogràfiques», en *Església, societat i poder a les terres de parla catalana. Actes del Congrés de la CCEPC. Vic, 20 i 21 de febrer de 2004*, Valls, Coordinadora de centres d'estudis de parla catalana/Universitat de Vic/Cossetània edicions, 2005, pp. 575-586. Sobre el anticlericalismo en cuanto a ingrediente central en la cultura de la movilización popular, véase a todos los efectos, DE LA CUEVA, Julio; MONTERO, Feliciano (eds.), *La secularización conflictiva. España (1898-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007; LA PARRA LÓPEZ, Emilio; SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. Una reciente síntesis en SUÁREZ CORTINA, Manuel, «Entre cirios, barricadas y bayonetas. El anticlericalismo en la España de fin de siglo», en MOLINER, Antonio (ed.), *La Semana Trágica de Cataluña*, Barcelona, Nbla Ediciones, 2009, pp. 25-50.
 2. El origen de este artículo procede de algunas reflexiones que tuve la ocasión de exponer en la mesa redonda en la que participé en el marco de las Jornadas sobre la Semana Trágica organizadas por el Centre d'Història Contemporània de Catalunya y que se desarrollaron en el Museu d'Història de Catalunya los días 28 y 29 de mayo de 2009. Algunas de las ideas expuestas aquí se desarrollaron en una primera versión en catalán en el libro que recoge las aportaciones de las Jornadas, *Els fets de la Setmana Trágica*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2010.
 3. Al margen del uso de fuentes secundarias, significativamente de obras coetáneas y de monografías especializadas, hemos consultado profusamente la documentación oficial, —hasta ahora escasamente utilizada por la historiografía clásica de la Semana Trágica—, depositada en la Fundación Antonio Maura, el Archivo General de Palacio, el Archivo Histórico Nacional, y diversas fuentes pertenecientes a gobernantes de la Restauración localizados en la Real Academia de la Historia, como el del conde de Romanones y el de Natalio Rivas, o en sus archivos particulares, como es el caso del archivo de Juan de la Cierva. Debo agradecer la financiación obtenida a través de mi participación en el proyecto de investigación «La cuestión catalana en la política española del siglo XX» (BHA2002-01307).
 4. Una primera aproximación historiográfica a las monografías publicadas a raíz del centenario de la Semana Trágica en BARNOSELL, Genís, «La Setmana «Trágica»: a la recerca

Unas prácticas de movilización y unos símbolos de protesta tradicional a las que se sumó desde principios del siglo XX la influencia de los principios del socialismo revolucionario francés o la vinculación más específica entre acción revolucionaria y revolución política contenida en los postulados republicanos en un clima de abierta crisis del anarquismo catalán. Y claro está, sin olvidar por ello la ingente labor de agitación desarrollada por Alejandro Lerroux en el ámbito del republicanismo barcelonés y su radicalización convirtiéndose en portavoz de las masas desheredadas; o el compromiso revolucionario de figuras como el anarquista Francesc Ferrer y Guardia que, en la vigilia de la explosión obrera de 1902, entendía que solamente la huelga general haría posible la Revolución, en un intento libertario de desmarcarse de la estrategia del movimiento republicano⁵.

Este enfoque situado en la larga duración cronológica explicaría en buena medida el porqué la gente durante estos días de anarquía de julio de 1909 apelaba a los símbolos republicanos, algo que evidenciaba que seguían teniendo un pleno significado en el imaginario de los sectores populares catalanes. Porque bien es verdad que la simbología tiene en toda manifestación colectiva unos evidentes efectos movilizados a la hora de sumar apoyos⁶. El recuerdo de la federal de 1873 todavía no se había evaporado en aquella coyuntura tan conflictiva. Buena prueba de ello es la recuperación del lenguaje propio del movimiento juntista, la toma de decisiones efectuada desde abajo y el papel activo de las asambleas, el uso del petróleo «purificador» y la ocupación de los espacios religiosos, o el uso de expresiones como «cantón plebiscitario» en referencia a la experiencia asamblearia de Granollers, o la consideración

dels «culpables», *L'Avenç*, n.º 348 (julio-agosto 2009), pp. 54-56. Los libros que han aparecido con ocasión del centenario de la Semana Trágica y que han dedicado nuevamente la atención en el fenómeno anticlerical han sido en primer lugar el de CORS, Ramon, *La Setmana Trágica de 1909. L'Arxiu Secret del Vaticà*, Barcelona, Publicaciones de l'Abadia de Montserrat, 2009, que ha explorado en cantidad suficiente la documentación de los Archivos Secretos del Vaticano, y por lo tanto, la posición de la Iglesia. Y el de MARIN, Dolors, *La Semana Trágica. Barcelona en llamas, la revuelta popular y la Escuela Moderna*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009, que analiza el mismo fenómeno desde la perspectiva de la fuerza y vigencia en la Cataluña de 1909 del librepensamiento, la escuela racionalista y el anarquismo ferrerista, y del rearme propagandístico consiguiente practicado por los sectores católicos. Finalmente, cabe citar el monográfico dedicado a estos hechos que recogen las ponencias presentadas en unas jornadas celebradas en la Biblioteca Balmesiana de Barcelona en *Analecta Sacra Tarraconensia*, n.º 89 (2009), especialmente y entre otras, la de CULLA, Joan Bta., «Revisitar la Setmana Trágica», pp. 57-72.

5. *La Huelga General*, 15-XII-1901.

6. Sobre la importancia de los símbolos en la política moderna véase, entre otros, de ORY, Pascal, «L'histoire des politiques symboliques modernes: un questionnement», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n.º 47-3 (juillet-septembre 2000), pp. 525-536.

de cantón «independiente» en alusión a la de Sabadell. Como tampoco lo es, y no por casualidad, que los huelguistas acudieran a buscar aquellos viejos fusiles Remington que todavía se guardaban en la calle Sadurní de Barcelona y que habían pertenecido a los Voluntarios de la Libertad de la época de la Revolución Gloriosa. O podríamos recordar lo ocurrido en la plaza Padrón de Barcelona, donde, según cuenta el anarquista Adolfo Bueso en sus memorias, una vez coronada la barricada que habían levantado allí, todos cantaron el himno de la Marsellesa con letra traducida al catalán por Josep Anselm Clavé⁷.

Por otra parte, como ya insinuamos en la presentación del libro sobre la Solidaridad Catalana y España, la Semana Trágica fue un epifenómeno de la profunda desafección que experimentaba la sociedad catalana en aquel final de la primera década del siglo XX⁸. Con frecuencia se ha analizado el movimiento solidario y la Semana Trágica como si se tratara de fenómenos separados, divorciados, que nada tuvieran que ver entre sí, un hecho que atribuyo básicamente a los apriorismos contenidos en las interpretaciones de algunos coetáneos, incómodos frente a una revuelta que los sobrepasó y que no acabaron de comprender, y quizás también al posicionamiento de una parte de la historiografía sobre el movimiento obrero, que ha preferido desvincularlos porque entendía que el primero era un movimiento esencialmente burgués y catalanista y el segundo, una insurrección de cariz popular y obrerista.

La realidad supera, en mi opinión, ambas interpretaciones: debemos tratar de ver la Solidaridad Catalana y la Semana Trágica como hechos complementarios, como dos formas distintas, si bien radicalmente diferentes, de expresar el profundo divorcio que existía en aquellos momentos entre la sociedad catalana y el Estado de la Restauración. Aquello que unía a las dos manifestaciones de masas, en realidad dos tipos de solidaridades transversales diferentes, era la expresión de una radical marginación política, que en el primer caso se resolvió parcialmente con una victoria contundente de los candidatos solidarios en las elecciones generales de abril de 1907, mientras que en el segundo, la expresión de la impotencia asociada a un silencio forzado, el de las clases populares, menestrales y profesionales, acabaría por canalizarse de forma virulenta. Aun así, mientras Solidaridad Catalana era orquestada por un comité ejecutivo y se basaba en un pacto político sellado entre fuerzas tan dispares entre sí como carlistas, republicanos y regionalistas, es discutible que los acontecimientos de julio de 1909 fueran producto

7. BUESO, Adolfo, *Recuerdos de un cenetista. De la Semana Trágica (1909) a la Segunda República (1931)*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1975.

8. RUBÍ, Gemma; ESPINET, Francesc (eds.), *Solidaritat Catalana i Espanya (1905-1909)*, Barcelona, Editorial Base, 2008, p. 9.

de una inteligencia parecida; ni siquiera que Solidaridad Obrera, primer intento de unificación de las tradiciones obreristas catalanas, fuese el cerebro ejecutor de la protesta.

Nos hallamos, pues, ante una revuelta poliédrica, cuyas múltiples caras compartieron un mismo canal de expresión: el profundo rechazo a un sistema político que ignoraba las clases populares y las condenaba irremisiblemente a la explotación económica, al silencio político y a la tutela interesada de la Iglesia. A la vez, la protesta fue mucho más transversal de lo que podríamos imaginar. Como lo recordaba el sabadellense Manuel Folguera y Duran, miembro de la Unió Catalanista, «*amb la protesta del Govern tots estem conformes: els comerciants, els fabricants, els propietaris i els obrers*»⁹.

Por este y otros motivos, deberíamos situar la Semana Trágica en el contexto de una coyuntura de intensa desafección de la sociedad catalana hacia el Estado de la Restauración, de alejamiento, en definitiva, entre la sociedad catalana y el estado. Un periodo histórico que arrancaríamos con los hechos del *Cu-Cut* en noviembre de 1905 y que acabaría con la caída del gobierno largo de Maura, a raíz de la implacable política represora que éste llevó a cabo contra el obrerismo, el republicanismo y el catalanismo radical tras los hechos de julio de 1909. En realidad, nos encontramos en la primera etapa de la militarización de la vida política española, que Carolyn P. Boyd ha definido como el pretorianismo recuperado del siglo XX. Según esta historiadora, dicha etapa, que daría comienzo el año 1898, tendría como epicentro los hechos del *Cu-Cut* y la Ley de Jurisdicciones y, a mi modo de ver, se extendería hasta incluir las consecuencias de la Semana Trágica¹⁰.

La erosión de las instituciones estatales, de su autoridad y la de la Iglesia durante el estallido de protesta que tuvo lugar durante esta semana de julio de 1909 provocó tal conmoción entre las clases dirigentes catalanas que llevó a los partidos dinásticos, con la total complicidad y aquiescencia de aquellas, a orquestar durante el otoño de este mismo año una intensa campaña de patriotismo y de colonialismo con el fin de poder amortiguar en la medida de lo posible el creciente antimilitarismo, y por extensión antiestatismo, existente en la sociedad catalana¹¹. Este rebrote de patriotismo colonialista contribuye

9. FOLGUERA DURAN, Manuel, *Una flama de la meva vida (Memòries)*, Sabadell, Col·legi de Doctors i Llicenciats, 1996, p. 176.

10. BOYD, Carolyn P., «Violencia pretoriana: del Cu-Cut! al 23-F», en Santos Juliá (dir), *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 289-325. También ROMERO MAURA, Joaquín, *La Romana del Diablo. Ensayos sobre la violencia política en España (1900-1950)*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

11. MARTÍN CORRALES, Eloy, «Otoño de 1909: recuperación del patriotismo colonialista tras el agotamiento de la Setmana Tràgica», en DELGADO, Josep Maria et al. (edición

a resaltar el carácter abiertamente antisistema y antiestatal que revistió la Semana Trágica, ampliamente compartido por toda la sociedad catalana. Y a acariciar como así lo hizo el dirigente de la Lliga Francesc Cambó la idea de la necesidad que de súbito, frente al arrojado revolucionario, la sociedad catalana tenía de «gubernamentalizarse». Parafraseando a Cambó, en una conferencia pronunciada durante el mes de noviembre de 1909, «*la gran mayoría de ciudadanos de Barcelona se había horrorizado de la revolución, deseaba acercarse a la autoridad*»¹².

¿Una rebelión anunciada?

Hacia muchos años que el Gobierno estaba aislado: desde que el catalanismo político había ido ganando terreno en la sociedad catalana e iba calando en una opinión pública progresivamente desafecta, pero al mismo tiempo estaba solo por su prolija gobernabilidad, como si talmente el mismo esfuerzo malograra la atención de las autoridades. Un territorio «imposible» a los ojos del Gobierno a causa precisamente de su constante insubordinación. Esta era una sensación fuertemente extendida en medios oficiales durante las semanas previas al estallido revolucionario. Con el movimiento de Solidaridad Catalana, observaba el sacerdote Augusto Riera, «*Barcelona y una parte de Cataluña parecían estar absolutamente divorciadas del Gobierno de la nación, y solidarios y revolucionarios, por la cuenta que les tenía, procuraban que tal estado de cosas se prolongara indefinidamente. Y el Gobierno, por su parte, no parecía poner empeño en reconquistar el terreno perdido*»¹³. Para el propagandista católico Modesto H. Villaescusa, esta situación lo llevaba a lamentar la angustiada «*orfandad moral en que se halla sumida Barcelona*»¹⁴.

Por otro lado, no tenemos que olvidar tampoco que tanto Solidaridad Catalana, como Solidaridad Obrera, que unía las diferentes tradiciones obreras catalanas, anarquistas, socialistas y societarias, combatían cada una por su cuenta la Ley de Jurisdicciones aprobada por el parlamento español en 1906, a raíz de los hechos del *Cu-Cut*, y con el apoyo del Ejército y del monarca. Todos

al cuidado de), Antoni Saumell i Soler. *Miscel·lània in memoriam*, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, pp. 523-549.

12. CAMBÓ, Francesc, *El momento político*, Conferencia pronunciada en el local de la Lliga Regionalista el 4-XI-1909.

13. RIERA, Augusto, *La Semana Trágica. Reseña de las causas que originaron los sucesos ocurridos en Barcelona en los últimos días del mes de Julio del corriente año*, Barcelona, E. Albarca, 1909, p. 1.

14. VILLAESCUSA, Modesto H., *La Revolución de Julio en Barcelona. Hechos, causas y remedios*, Barcelona, Herederos de Juan Pili, 1910, 2ª ed., p. 11.

la combatían excepto los lerrouxistas, que se afanaban por rentabilizar una más que torpe demagogia populista de signo españolista. A lo largo de 1908, el gabinete Maura hizo todo lo posible para aprobar una ley contra el terrorismo so pretexto de acabar con las bombas que estallaban casi diariamente o semanalmente en Barcelona, una política que encontró la oposición no ya de anarquistas sino de liberales y republicanos.

Un representante tan directo de la autoridad del Estado como el gobernador civil de Barcelona, el abogado madrileño Ángel Ossorio adjudicó al Estado la primera de las culpas cuando se preguntaba qué fuerza moral podía tener este sobre los ciudadanos si a lo largo del siglo XIX se había caracterizado por la dejadez y la relajación y, gravitando «sobre pueblos pobres y anémicos, origina el indiferentismo y lo aplanamiento; cayendo sobre pueblos ricos y vigorosos, determina la protesta y el odio»¹⁵.

En este sentido, los hechos de julio de 1909 no cogieron por sorpresa al Gobierno porque hacía tiempo que sus gobernadores civiles se quejaban de la desidia del Estado en Cataluña y reclamaban incrementar las fuerzas de seguridad y disponer de mejores instrumentos de mando. Este sentimiento tampoco era una novedad y sustentaba un comportamiento de larga duración entre el gobierno y sus principales administradores en el Principado. Una vez finalizada la revuelta, un ciudadano anónimo, probablemente un funcionario estatal, transmitió a Maura desde Barcelona que «los hechos han venido brutalmente a demostrar que ninguna medida se tomó para que el estallido no nos cogiera en camisa»; aprovechando para sentenciar que el movimiento había tenido en muchos puntos un carácter «separatista». Y, tras apostillar que la herida causada al «buen nombre de España y la monarquía» era profundísima, recomendaba que la acción del gobierno se amparara en una «legión de guardias civiles y un verdadero ejército de ocupación»¹⁶.

Lo que verdaderamente sorprendió a Maura, de la Cierva y Ossorio fue la notable ambición de la revuelta, su extensión geográfica y su persistencia, a diferencia de la huelga general de 1902, que afectó fundamentalmente a Barcelona y a algunas localidades industriales, pero no a todo el Principado, y se limitó a la destrucción de algunos tranvías. En cambio, fueron más livianos los incidentes que tuvieron lugar en Zaragoza, Asturias, Mequinenza, Tudela, Calahorra, y mucho más contundentes los hechos de Alcoi y de otras

15. OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *La España de mi vida. Autobiografía*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1977, pp. 51 y ss.; del mismo autor, *Barcelona, Julio de 1909. Declaración de un testigo*, Madrid, Imprenta de Ricardo Rojas, 1910, p. 3.

16. Carta de un ciudadano anónimo de Barcelona a Antonio Maura, s/d, Legajo 151, Archivo Fundación Antonio Maura (AFAM).

poblaciones alicantinas, derivados de las manifestaciones de protesta en contra de la guerra y de la resistencia a la incorporación de sus reclutas¹⁷.

Una insurrección catalana, no sólo barcelonesa.

Actualmente ignoramos la geografía exacta de la sedición¹⁸, siempre teniendo en cuenta que la insurrección en Barcelona –ciudad que, al hallarse en pleno proceso de articulación urbanística y social, debemos considerar como varias ciudades en una– revestiría, por su extensión, unas características especiales, diferenciadas respecto del resto de ciudades y pueblos catalanes¹⁹. Una ciudad no sólo paralizada, sino claramente ocupada por las masas durante las jornadas revolucionarias, ocupación que no se limitaría al casco antiguo, sino que se extendería a todos los distritos, burgueses, menestrales y populares. De lo que estamos seguros, en todo caso, es que la Semana Trágica fue un movimiento general presente en toda Cataluña, y no sólo en la capital. Casi en todas partes triunfó la huelga general, mientras la insurrección revistió una intensidad especial en las principales ciudades de las demarcaciones provinciales de Girona y de Barcelona, con importantes brotes violentos en las de Tarragona y Lleida, que, lejos de permanecer pasivas, fueron objeto de la suspensión de las garantías constitucionales por parte del gobierno.

Pese a que las cronologías variaron en función del lugar, el cariz de los acontecimientos fue muy semejante en todas partes, especialmente en la forma como el pueblo se insubordinó debido a la movilización de los reservistas. En la demarcación barcelonesa, la quema de edificios religiosos no fue general sino limitada a las ciudades de Manresa, Sabadell, Badalona, Sant Adrià del

17. BACHOUD, André, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa Calpe, 1988, pp. 166-170; GIL ANDRÉS, Juan, «¿Abajo la guerra! Repercusiones de la Semana Trágica de 1909 en Calahorra», *Kalakorikos*, 3 (1998), pp. 127-138.

18. RUBÍ, Gemma, «Algo más que la quema de conventos. La Semana Trágica en Cataluña, la historia de una desafección», en MOLINER, Antonio (ed.), *La Semana Trágica de Cataluña...*, pp. 81-135. En esta investigación he tenido la oportunidad de elaborar una primera aproximación territorial sobre el alcance y la extensión de esta insurrección en la geografía catalana.

19. GABRIEL, Pere, «Espacio urbano y articulación política popular en Barcelona, 1890-1920», en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *La ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 61-94. Más reciente, el libro de OYÓN, José Luis, *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008. Desde otra perspectiva, MARTÍNEZ FIOL, David, *La Setmana Trágica*, Barcelona, Pòrtic, 2009.

Besòs, Granollers y Premià de Mar²⁰. Mientras que la proclamación del régimen republicano solamente prosperó en Sabadell, Mataró y Granollers. En algunas ciudades, se constituyeron juntas revolucionarias como en Sabadell, Granollers, Mataró y en el pequeño pueblo de Vallbona de Anoià, situado junto a Igualada y con poco más de 800 habitantes, donde la rebelión adoptó el formato clásico de revolución.

Aun así, en todo lugar reinaba una gran expectación y, pese a no existir algaradas en todas partes, nadie trabajaba y todo el mundo confiaba, en palabras del gobernador civil de Barcelona, en «*el próximo establecimiento de la república en España*»²¹. Casi todas las comarcas barcelonesas se vieron afectadas por el movimiento, con o sin violencia, y en todos los casos la rutina de la cotidianidad se alteró por completo. La rebelión alcanzó una mayor homogeneidad y extensión geográfica en la demarcación gerundense, tanto en los pueblos de la costa como en los de la montaña y el interior, hasta el punto de que llegó a subvertirse el orden político y social, atentándose no sólo contra la institución eclesiástica y la autoridad del Estado, sino intentando asaltar las fábricas y las casas acomodadas.

Con la excepción de Girona, el martes día 27 de julio tuvieron lugar grandes desórdenes en Sant Feliu de Guíxols, Palamós, Llagostera, Cassà de la Selva, La Cellera y Anglès²². El delegado del gobernador civil estimó que el movimiento «*parece republicano; en algunos pueblos socialista y aún anarquista*»²³. Ripoll, Olot, Salt, Banyoles, Figueres, Santa Coloma de Farners, Calonge, Maçanet de Cabrenys, Ribes, Calonge, Llançà, y muchos otros pueblos se adhirieron a la huelga. Incidentes más esporádicos tuvieron lugar en Castellfollit de la Roca, Bagur y en Camprodon. Las comunicaciones y los servicios públicos fueron saboteados en Campdevàrol, Vilajuïga, Palamós y Cassà de la Selva, mientras que en Caldes de Malavella se produjeron destrozos en las vías, y en el pueblo de Anglès resultó muerto un joven huelguista al intentar proteger el ferrocarril. En Castell d'Aro y en La Jonquera se cortaron las líneas de telégrafo, y en Fornells se intentó inutilizar la línea férrea. Hasta el 29 de

20. Los acontecimientos de Premià de Mar y Alella en «Memoria del Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Infantería de Premià de Mar (3-IX-1909)». Se conserva una copia en la Caja 15.622/8 del Archivo General de Palacio (AGP).

21. Telegrama del gobernador civil de Barcelona al Ministro de Gobernación, 31-VII-1909, AFAM, Legajo 151, Carpeta 12.

22. Memoria del Gobernador civil de la provincia de Girona entregada al Ministro de Gobernación del 8 de agosto de 1909 (AGP, Caja 19.418).

23. Telegrama del gobernador civil de Girona a Antonio Maura, 31-VII-1909, AFAM, Legajo 151.

julio el gobierno no pudo custodiar la presa de Bescanó ni la central eléctrica que suministraba luz en Girona.

En la provincia de Tarragona fueron las localidades de El Vendrell y de Reus las que más abiertamente conocieron actos de protesta y fueron escenario de otros de carácter violento en contra del gobierno y de su política, si bien la inquietud era mucho más general. Las semanas anteriores se habían caracterizado por el despliegue de una intensa campaña periodística instigada por los republicanos radicales, esencialmente, contraria a la guerra de Marruecos en una provincia en la cual, según el gobernador civil, era «*difícil sacudir la apatía*», y a la vez preveía posibles altercados en Tortosa, Valls y el Vendrell²⁴. Aun así, a medida que se iban recibiendo las noticias de la declaración de la huelga general en Barcelona, de forma paralela los ánimos se iban excitando cada vez más sobre todo en Reus, Tarragona, y también en Falset.

La paralización de la vida económica se extendió por muchas poblaciones como Vilaseca, donde los labradores se sumaron a la huelga y no salieron a faenar al campo, o por localidades mineras como Masroig. Las vías férreas fueron interceptadas en Les Borges del Camp, así como en El Vendrell, donde una multitud colocó unas traviesas delante de la máquina del tren que acababa de llegar, cargado con un escuadrón de caballería que se dirigía a Barcelona²⁵. En Santa Coloma de Francolí, unas 500 personas recorrieron el pueblo gritando «*abajo la guerra*», sin ir más allá gracias a la participación del somatén. Incidentes más graves tuvieron lugar en L'Espluga de Francolí, y sobre todo en la ciudad de Reus en la que el ayuntamiento fue saqueado y el dispensario municipal, destruido²⁶.

Como consecuencia de la incomunicación en que se encontró la ciudad de Lleida respecto de Aragón, Tarragona y Barcelona, el gobierno decidió suspender las garantías constitucionales en la provincia el jueves 29 de julio. Con excepción de la capital, las manifestaciones de protesta se sucedieron en Agramunt, Verdú, Bellpuig, Mollerussa y muchas otras localidades. En Almacelles, Balaguer y Cervera hubo alborotos, mientras las vías del tren y las comunicaciones en general eran saboteadas cerca de les Borges Blanques, Juneda y Tàrraga. En la estación de La Floresta, cerca de les Borges Blanques, los revoltosos quemaron y saquearon los vagones, apoderándose de parte de

24. Telegrama del gobernador civil de la provincia de Tarragona a Juan de la Cierva, 25-VII-1909, AFAM, Legajo 151.

25. BRISSA, José, *La Revolución de Julio en Barcelona. Su represión. Sus víctimas. Proceso Ferrer*, Barcelona, Maucci, 1910 (3ª ed.), p. 177.

26. RIERA, Augusto, *La Semana Trágica...*

la recaudación de los billetes²⁷. El 30 de julio la línea de ferrocarril de Manresa a Lleida presentaba un aspecto del todo anormal, algo que preocupaba al gobierno, temeroso que la insurrección se propagara a Aragón. Como lo atestigüó en su momento Salvador Canals, «*donde hubo energía y medios, no pasó nada de singular gravedad. En otras partes se llegó a una transacción patriótica: la gente de orden daba dinero para que los reservistas, los soldados con licencia o los reclutas disponibles traspusieran la frontera, y los revoltosos se prestaban, en cambio, á no desmandarse. Era una anarquía capacitada para pasar inmediatamente a la Gaceta*»²⁸.

Podemos preguntarnos si nos encontramos ante un contagio, una explosión que se extendió como una traca, como la definió el gobernador civil de Barcelona Ángel Ossorio y Gallardo, y por lo tanto, ante una predisposición generalizada a formular la huelga general como una modalidad específica de protesta colectiva²⁹. Esta tesis es bastante plausible, puesto que viene avalada por otros testigos de la época, entre los que se halla el manresano Ramon Xandri, quien definió este movimiento insurreccional como «*un estado anormal revolucionario-anárquico de la capital de este Principado y otras poblaciones importantes de esta provincia*» que «*se iba extendiendo y propagando con la rapidez de un rayo*»³⁰.

Podemos discrepar hasta qué punto la revuelta estuvo coordinada por los promotores del comité de huelga. Pero no podemos negar que el ambiente se caldeó en todas partes por igual y que la movilización en la calle adoptó unos patrones similares. En Girona, la opinión pública había sido espoleada sobre manera durante los días previos a raíz de la publicación de una serie de debates en la prensa y la apertura de suscripciones para socorrer a las familias de los reservistas, hasta el punto de que el ayuntamiento estuvo a punto de aprobar una resolución contraria a la guerra, porque correspondía a los ayuntamientos el llamamiento a filas.

27. RUBIÓ SOBREPÈRE, Josep; SOLDEVILA ROIG, Jordi, «Més enllà de Barcelona: la Setmana Tràgica a les comarques de ponent. Una primera aproximació», *Urtx: revista cultural de l'Urgell*, n.º 24 (2010), pp. 410-431.

28. CANALS, Salvador, *Los sucesos de España en 1909*, Madrid, Imprenta alemana, 1910-1911, p. 169.

29. OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Barcelona, julio de 1909...*, p. 52.

30. *Relación histórica y verdadera de los principales sucesos acaecidos en esta ciudad de Manresa en los días 29, 30 y 31 de Julio del corriente año 1909, comprendidos en la semana sangrienta, fueron presenciados, la mayor parte de ellos, por el infrascrito Ramon Xandri Mas, autor de la siguiente descripción o relación* (texto manuscrito localizado en la Biblioteca del Instituto Universitario Jaume Vicens Vives de la Universitat Pompeu Fabra).

El gobernador civil de Lleida, por su cuenta, adoptó medidas expresas para evitar que los diarios publicaran las noticias que llevaban los corresponsales a las redacciones e impuso una censura férrea para que la población no pudiera enterarse de todo lo que estaba sucediendo en el resto de Cataluña. Gracias a ello, conseguiría que la prensa permaneciera, incluida la radical, «dentro de límites circunspectos y publicando diariamente las notas oficiales»³¹. Al mismo tiempo, organizó, conjuntamente con el gobernador militar, una fiesta «patriótica» con la finalidad de reunir recursos destinados a los heridos y a las familias de los reservistas. El mitin de la Federación Obrera de Terrassa, celebrado el día 21 de julio, fue uno en los que los congregados mostraron mayor hostilidad en contra del gobierno: se protestó por el reparto de escapularios y se clamó porque marcharan a la guerra los curas, los frailes y el cuerpo de somatenes³². Aun así, no se trató de un hecho aislado, ya que se celebraban mítines por todo y en todas partes, siempre y cuando el gobernador civil o los alcaldes no los prohibieran. De manera silenciosa, abiertamente o de forma descarada, la agitación iba en aumento, y de manera especial en las casas del pueblo, en las fraternidades y sociedades obreras y republicanas y, disimuladamente, en las tertulias que sostenían los sectores más conservadores.

En definitiva, se trató de una campaña de protesta amplia y generosa, gracias en buena parte a la prensa de izquierdas, la republicana y también la nacionalista³³, que se hizo eco del malestar popular y se difundió de manera plural en sociedades obreras, centros federales, entidades nacionalistas, casinos radicales, escuelas laicas, grupos corales o núcleos espiritistas³⁴. Quizás debamos también matizar el tópico de la solidaridad entre huelguistas: los ritmos serían variables, pero nunca coincidentes. En algunas localidades los sublevados se adelantaron a los de Barcelona; en otras, esperaron noticias. Muy a menudo, fue la noticia del aislamiento, la incomunicación ferroviaria, telegráfica y telefónica la que impulsó a las masas a cometer los desmanes.

El papel de la incomunicación de las poblaciones fue determinante porque era sinónimo de existencia de insubordinación más allá de los andenes de

31. Conferencia del gobernador civil de Lérida, 25-VII-1909, AFAM, Legajo 151.

32. OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Barcelona, julio de 1909...*, p. 32 y FABRA RIBAS, Antonio, *La Semana Trágica. El caso Maura. El krausismo*, Madrid, Ediciones Castilla, 1975, p. 32.

33. GOULA, Eulàlia, *El Centre Nacionalista Republicà de Barcelona (1907-1910)*, Tesis de licenciatura inédita, Universidad de Barcelona, 1975, p. 215.

34. BRISSA, José, *La Revolución de Julio en Barcelona...*, pp. 27 y 28; también en TERMES, Josep, *Història del catalanisme fins al 1923*, Barcelona, Pòrtic, 2000, p. 439 y CULLA, Joan B., *El republicanismo lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Barcelona, Curial, 1986, p. 207.

la estación. El aislamiento también pasaba por la inexistencia de correo, signo inequívoco de que había altercado o de que se quería hacer «la revolución», o por la oscuridad durante la noche, después de haber boicoteado la central eléctrica suministradora del fluido eléctrico o simplemente de haber destrozado las farolas. Hasta donde llegan nuestros conocimientos, las ciudades que se quedaron a oscuras fueron Palafrugell, Vic, Manresa, Sabadell e Igualada, seguramente entre muchas otras.

El colapso del sistema de comunicaciones y los atentados a los símbolos de la autoridad estatal

Esta insubordinación no se caracterizó única y exclusivamente por su talante indiscutiblemente anticlerical, sino que integró otros elementos, nuevos y tradicionales, de contestación y desobediencia al Estado, y entre los que cabe destacar la quema de los fielatos o casillas de los consumos –una prueba fehaciente de desobediencia fiscal–, la resistencia a las quintas, o la destrucción de las vías del ferrocarril en multitud de poblaciones catalanas o en la misma Barcelona, en el barrio de Sant Andreu, o de los tranvías de Sarrià de Ter y de Flassà al Baix Empordà. En realidad, la resistencia a la presión fiscal, y en concreto al impuesto de los consumos, fue a menudo la principal forma de protesta colectiva multitudinaria que tuvo lugar durante la Restauración³⁵.

Entre 1876 y 1911, en toda España se contabilizaron más de 130 incidentes, concentrados específicamente entre 1885 y 1892-1893³⁶. A punto de suprimirse, esta modalidad de tributación indirecta que grababa los artículos de primera necesidad siguió siendo una de las principales dianas de la ira popular durante los hechos de julio. En la ciudad de Manresa, los huelguistas acudieron a los fielatos empezando por prender fuego a uno de reciente estreno que había despertado la animadversión de los vecinos, para proseguir a continuación con el resto. Al acabar, incendiaron la administración central de los consumos y al día siguiente, además, la saquearon³⁷. En Mataró, las

35. CASTRO, Demetrio, «Agitación y orden en la Restauración ¿Fin del ciclo revolucionario?», *Historia social*, nº 5 (Otoño 1989), pp. 37-49. De obligada consulta, PÉREZ LEDESMA, Manuel, «Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)», *Zona Abierta*, 69 (1994), pp. 51-120 y CASTILLO, Santiago; ORTIZ DE ORRUÑO, Jose María (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998.

36. Una visión panorámica de estos disturbios en GIL NOVALES, Antonio, «La conflictividad social bajo la Restauración (1875-1917)», *Trienio. Ilustración y Liberalismo*, 7 (1986), pp. 188-191.

37. RUBÍ, Gemma, «El Bages en revolta. Els fets de juliol del 1909», *Dovella*, 101 (Tardor 2009), pp. 31-35.

casetas de los consumos también serían pasto de las llamas, si bien es necesario subrayar que este tipo de ataque no fue tan general en toda Cataluña como se podría imaginar en un primer momento.

Junto a elementos típicos de la protesta popular tradicional (quintas, consumos, quema y destrucción de edificios religiosos y barricadas), aparece con fuerza un elemento nuevo: el colapso de las comunicaciones del Estado. Los patrones tradicionales de acción colectiva en la calle –tanto en Cataluña como fuera de ella– se materializarían en forma de ataques a las oficinas donde se recaudaban los consumos; levantamiento de barricadas; presencia de mujeres encabezando las manifestaciones y a la vez actuando como diques de la represión militar, tendencia a confraternizar con los soldados, etc.

Los elementos que podríamos considerar nuevos, no solamente por ser la primera vez que aparecían, sino por su uso sistemático, intensivo y generalizado, serían, entre otros, el ataque a edificios públicos como las dependencias de la policía y los juzgados, los registros de la propiedad, las prisiones y los consistorios; y, sobre todo, la desarticulación y el sabotaje del sistema de comunicaciones.

Durante estas jornadas hubo una clara intención, más o menos exitosa, de colapsar las comunicaciones del Estado, los denominados «nervios» del Gobierno, interceptando trenes, volando puentes, cortando cables telegráficos y telefónicos, sabotando centrales eléctricas y desarticulando el servicio de correos y las comunicaciones ferroviarias. Si la anarquía y el caos fueron totales se debió en parte a que las fuerzas de seguridad del Estado, los soldados, la policía, los carabineros y los guardias civiles confraternizaron con la protesta. Los huelguistas y amotinados hicieron todo cuanto estuvo en sus manos para frustrar la circulación de las órdenes de la autoridad. El gobernador civil de Girona ordenó el reforzamiento del contingente de la guardia civil en la capital, los pueblos más importantes y las vías férreas y carreteras con la finalidad de contener posibles alborotos. Aun así, estas órdenes no llegaron a su destino por culpa del bloqueo de la comunicación telegráfica³⁸.

Así, no solamente iglesias y sobre todo conventos, sino ayuntamientos, juzgados y cuarteles de la guardia civil se convirtieron en objetivos de la ira popular, tanto en Barcelona como el resto de Cataluña. En este sentido, pierde valor la interpretación según la cual el odio se canalizaría fundamentalmente hacia la quema de edificios religiosos y actos rituales sacro fóbicos con la voluntad de desviar las energías revolucionarias.

38. Telegrama del Capitán General de la cuarta región al Ministro de la Guerra, 2-VIII-1909, AFAM, Leg. 151, exp. 8.

Contrariamente, estas energías se diversificaron y se dirigieron fundamentalmente a los símbolos de la autoridad estatal. En este sentido, también podemos atribuir un significado abiertamente político a estos actos violentos protagonizados no por masas despolitizadas, porque no tenían directrices ni cabecillas, sino porque estos eran en sí medios de expresión propiamente políticos. Las acciones cometidas contra el transporte ferroviario con la intención de impedir la movilización de los reservistas, harto variadas e imaginativas, fueron las que se reprodujeron con mayor frecuencia y de forma más homogénea por toda Cataluña.

En cambio, la amenaza de destruir las fábricas fue muy localizada, así como los atentados a la propiedad. Estas acciones consistían en el levantamiento de las vías, la destrucción de las agujas, la substracción del vapor de las locomotoras, la quema de los vagones, el boicot a la salida de los trenes, el lanzamiento de piedras contra los trenes en lugares determinados de la vía, la voladura de los puentes del ferrocarril, la colocación de grandes piedras en medio de las vías o el incendio de los muelles de las estaciones o de los almacenes de las mercancías.

Los ejemplos se podrían multiplicar por todo el Principado, y cualquier subterfugio era bienvenido. Un gentío de Monistrol de Montserrat, a los pies de la montaña de Montserrat, impidió que dos soldados del pueblo que disfrutaban de una licencia se pudieran reincorporar a filas el jueves 29 de julio: les sustrajeron el uniforme militar y los conminaron a cambiar de dirección en su trayecto hacia Lleida³⁹. En el pueblo de Anglès, las mujeres se tumbaron sobre las vías para impedir el paso del tren de Olot que iba a Girona repleto de reservistas⁴⁰. En Ripoll, unos huelguistas procedentes de Sant Quirze de Besora y de Montesquiu, después de haber destruido la vía férrea y de haber cortado el telégrafo, intentaron que el jefe de la estación les preparara un tren para volver a casa. Ante la negativa de este, optaron por tomar por su cuenta unas vagonetas e irse. En la localidad tarraconense del Vendrell, un numeroso grupo de huelguistas colocó unas traviesas delante de la máquina del tren que acababa de llegar y en el que viajaba el escuadrón de caballería que se dirigía a Barcelona. En medio de un fuerte griterío, los soldados bajaron del tren y, como consecuencia de la carga contra los amotinados, resultó muerto uno de

39. RUBÍ, Gemma, «El Bages en revolta...».

40. Los hechos de Anglès se tratan ampliamente en RAMS RIERA, Emili, *Anglès. De la pagesia a la industrialització*, Girona, Ajuntament d'Anglès/Diputació de Girona, 1999, pp. 57-79. Un resumen en PLANELLAS, Marta, «El centenari de la Setmana Tràgica a Anglès. Relat dels fets de l'estiu de 1909 a través de les memòries de Joan Matas», *Revista de Girona*, 255 (2009), pp. 32-35.

ellos. Las diversiones se suspendieron y se abrió una suscripción para socorrer a la familia del finado. Se produjeron algunos destrozos en la estación de Juneda en Lleida, mientras en la ciudad de Tàrrega la multitud de sublevados hizo todo lo posible por evitar que subieran al tren tres licenciados pertenecientes al regimiento de Albuera.

El gobernador civil de Tarragona relató en un telegrama cursado el Ministro de la Gobernación que el viernes 31 de julio los alborotadores consiguieron hacer volar el puente sito junto al Morell sobre el río Francolí: «*los sediciosos colocaron 7 petardos de dinamita puente, explotando solo 5 en uno extremo del puente; 20 metros de vía destrozada, en otro 80. Línea telegráfica cortada distancia de 300 metros, arrancados postes, de ellos 10 quemados*»⁴¹. Según el testimonio del sacerdote August Riera, en otras poblaciones como Calella del Maresme, los insurrectos «*abrieron una grande zanja y colocaron un alambrado que interceptaba por completo la carretera de Barcelona*»⁴². O en Cassà de la Selva, donde se cortó la carretera con el propósito de controlar el tránsito rodado.

Las comisarías de la policía fueron otro de los objetivos del ataque de los insurrectos, siendo esta una manera de hacer desaparecer los ficheros de los delincuentes, como ocurrió en Barcelona con las de las Atarazanas, que fueron asaltadas, una práctica recurrente, por otra parte, en la estrategia de los anarquistas. También fueron objetivos prioritarios de asalto las oficinas de los consistorios y de los juzgados, de otras dependencias municipales como los dispensarios o las residencias de los inspectores de policía y la administración de consumos. Sin mencionar los diferentes ataques frustrados contra los cuarteles de la guardia civil, como el que tuvo lugar en Anglès y en Sabadell⁴³. El ayuntamiento de Reus fue saqueado y se saldó con importantes desperfectos en puertas y cristales, además de la destrucción de numerosos libros consistoriales.

En Igualada, un grupo de jóvenes y mujeres «*derribaron la bandera y haciendo añicos el letrero que figuraba en el balcón de la casa*» del inspector de policía⁴⁴. En la industrial ciudad de Sabadell, los insurrectos incendiaron la

41. Telegrama oficial del gobernador civil de Tarragona a Juan de la Cierva, 31-VII-1909, AFAM, Legajo 151.

42. RIERA, Augusto, *La Semana Trágica...*, p. 259; BRISSA, José, *La Revolución de Julio en Barcelona...*, p. 190.

43. CALVET, Josep, «La Setmana Trágica a Sabadell», *Arrahona. Revista d'Història*, 3 (1977).

44. BRISSA, José, *La Revolución de Julio en Barcelona...*, p. 182; BENGOCHEA, Soledad, *Les dècades convulses. Igualada com a exemple*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2002; TÉRMENS, Miquel, «La cruïlla de camins. 1907: l'Escola Moderna a Igualada», *Miscellanea Aqualatensia*, 11 (2004), pp. 169-188.

Secretaría, cuya documentación fue pasto de las llamas, la contaduría, las oficinas de vigilancia y los juzgados municipales y de primera instancia. El resultado del asalto y ocupación de las oficinas municipales de Sabadell fue de 8 muertos y 20 heridos, además de la pérdida de un millar de armas y 600 pesetas que iban destinadas a la beneficencia municipal. Otros municipios tuvieron más suerte, como el de Palafrugell, donde un regidor evitó el incendio del ayuntamiento, pero no logró que fueran invadidas las oficinas municipales, sin que los amotinados consiguieran, a pesar de todo, quemar la documentación municipal ni la del juzgado, que se pudo salvar.

El papel del somatén y la actitud pusilánime de las clases dirigentes locales

Uno de los principales protagonistas de los acontecimientos en los municipios del Bages fue el miedo, por encima de los actos vandálicos, que se limitaron a algunas poblaciones, como Manresa y Sant Vicenç de Castellet. Movidos por el miedo, los pueblos intentaron prepararse para hacer frente a las posibles intenciones de los insurrectos. A menudo se creía que eran forasteros los que cometían los destrozos. No podemos negar que existían forasteros a los que les resultaba más fácil actuar fuera de sus pueblos. Aun así, la proporción de los mismos en los hechos de la Semana Trágica fue mínima, por lo que puede afirmarse que los autores materiales de la violencia eran fundamentalmente los propios habitantes del pueblo o la ciudad y, en buena parte, jóvenes de edades comprendidas entre los 14 y los 18 años, y muchas mujeres.

Las autoridades municipales y el Somatén de la villa de Moià planearon incluso negociar con las guerrillas y ofrecerles dinero con el objetivo de disuadirlos. Pese a ello, si los sublevados insistían, cada cual debía defenderse como pudiera, debido a que el Somatén no disponía de suficientes municiones. Dadas las dificultades para organizar una defensa eficaz, el rector y el arcipreste decidieran esconder de la vista de los sediciosos los objetos de valor de la iglesia parroquial y los escolapios, alertados por la suerte trágica de la casa de Barcelona, actuaron en consecuencia y buscaron cobijo a los novicios⁴⁵.

En Terrassa, el Somatén se alineó junto a las autoridades municipales y fue determinante a la hora de abortar el conato de rebelión junto con las fuerzas de infantería que llegaron a la ciudad. Por ello, no debe causarnos extrañeza que el conde de Egara, Alfons Sala y Argemí, que era a la vez vocal de la Junta organizadora de los somatenes, recordara a Antonio Maura que el somatén de una ciudad de 20.000 habitantes como Terrassa había prestado

45. «Sucesos de julio de 1909», *Modilianum*, IX (Marzo-Julio 1968), pp. 193-194.

«el grande servicio de mantener el orden, y a pesar de que hasta el tercero día no hubo en ella más que uno teniente y seis guardias civiles, contuvo a los revoltosos y tuvo a raya a las comisiones que llegaban de Sabadell y de Manresa incitando a seguir el ejemplo de esas ciudades donde ardian Iglesias y Conventos y se cometían asesinatos»⁴⁶.

El martes día 27 de julio la capital de Osona se adhirió al paro general, animado por los obreros de Manlleu. Nuevamente, el somatén que patrullaba por las calles garantizó que no se alterara el orden, pese a que el paro obrero continuaría hasta el 3 de agosto en toda la cuenca del Ter⁴⁷. Y en Igualada, sin contar con refuerzos de tropa, únicamente pudo confiarse en una parte del somatén y de los mozos de escuadra, ya que los efectivos de la guardia civil eran más bien escasos.

El miedo también fue una de las causas explicativas de la inacción de las autoridades civiles y militares durante la jornada fatídica del jueves día 30 de julio en Manresa. Las crónicas de testigos presenciales consultadas y algunas fuentes militares dejan constancia de esta pasividad, así como del aplauso de buena parte del público y de los curiosos que presenciaron la quema de las casetas de los consumos, y de las iglesias y conventos. El mismo miedo que tenían los bomberos que dejaron quemar los edificios religiosos hasta el domingo 1 de agosto ante el temor a posibles represalias. Nuevamente el somatén resultó determinante. Al anochecer de este mismo día, las campanas de la basílica de la Seu repicaron insistentemente y sólo acudieron entre 10 y 11 miembros de dicho cuerpo, entre los que se hallaba Joaquim Cardona y Rami, que el día siguiente encontraría la muerte. A partir de entonces, serían voluntarios los que debieron patrullar las calles durante la noche. Cardona fue el gran héroe de la Semana Trágica en Manresa: las autoridades y los somatenes de Cataluña organizaron una recolecta para socorrer a la familia⁴⁸.

El pueblo de Artés, en la comarca del Bages, desafió el miedo organizando una vigilancia permanente. En este municipio también circulaban rumores de la entrada de una guerrilla procedente de Sallent que, al parecer, pudo desautorizarse finalmente. Para el rotativo próximo a la Lliga Regionalista, *El Pla de Bages*, si todo el pueblo permanecía unido, se podría hacer frente al «mal»⁴⁹.

46. Carta de Alfons Sala i Argemí a Antonio Maura, 26-VIII-1909, AFAM, Legajo 151, Carpeta 16.

47. TORNAFOCH, Xavier, *Del caciquisme a la democràcia. Política i eleccions a Vic (1900-1931)*, Vic, Eumo Editorial, 2006, p. 91.

48. «Los somatenes ante el movimiento sedicioso», *Paz y Tregua. Boletín oficial del cuerpo de somatenes armados de Cataluña*, 8, Agosto 1909, pp. 1-2.

49. *El Pla de Bages*, 1588, 5-VIII-1909. Y de RUBÍ, Gemma, «El Bages en revolta...».

Según este diario, un pueblo unido era el que representaba la reunión de las autoridades municipales con los jefes del Somatén y los cabezas de familia, que organizaron unas patrullas de vigilancia encargadas de preservar el orden. El objetivo era presentar los hechos minimizando la capacidad de los llamados «revolucionarios» para subvertir el orden público con finalidades políticas y transmitir una imagen deformada, identificándolos como simples ladrones y delincuentes. Poco se podían imaginar estos sectores católicos y conservadores que el ambiente de protesta del que participaron tan intensamente pudiera degenerar en una explosión tan violenta como aquella.

De los doscientos integrantes del somatén de Granollers, solamente acudieron al repique de campanas una docena, y todos ellos, casualmente, eran carlistas⁵⁰. La intervención del somatén fue decisiva, en cambio, en La Bisbal, donde se disponía de poca fuerza pública para frenar el saqueo de las residencias acomodadas. Cuando fue posible el somatén se convirtió en una pieza clave a la hora de reprimir las algaradas y restaurar el orden. Por este motivo, las clases dirigentes catalanas recurrían a esta institución en parte por desconfianza en la eficacia de las fuerzas de seguridad públicas y en parte porque así podían intervenir y controlar más directamente la represión de los alborotos. De hecho, en la huelga general de 1902, los cuerpos del somatén fueron movilizados con frecuencia en los distritos del plano de Barcelona y alrededores; y donde no existían, se crearon, como sucedió en los barrios barceloneses de la Marina y de Sants⁵¹. En algún caso, como sucedió en Premià de Mar, según consta en la memoria escrita por el jefe de la comandancia de la Guardia civil de infantería, el alcalde –que era republicano radical– rechazó la colaboración del somatén. Para el responsable militar, el alcalde prefirió nombrar una ronda de correligionarios, en buena parte comprometidos con los hechos: «*esta negligencia adquiere caracteres de complicidad (...)*», sentenciaría⁵².

Protesta y desobediencia. Violencia espontánea y tradición subversiva

El republicano Josep Sol y Ortega, espectador de los hechos, una vez pacificados los ánimos sentenció que los insurrectos se habían alzado en contra del orden establecido en su totalidad. Este y los motivos anteriormente expuestos, nos conducen a la necesidad de abundar en la dimensión política de

50. PLANES, Jordi, «La Setmana Tràgica a Granollers», *Lauro. Revista del Museu de Granollers*, 2, (1991), p. 8.

51. BENGOCHEA, Soledad; RAMOS, Gemma, «La patronal catalana y la huelga de 1902», *Historia Social*, 5 (1989), pp. 77-95.

52. Memoria del jefe de la comandancia de la guardia civil de infantería de Premià de Mar. Caja 15.622/8, AGP.

una manifestación antimilitarista, de rechazo frontal a la guerra, similar a la experiencia asociada a la guerra de Cuba, aunque fue mucho más allá precisamente por el evidente talante antisistema que adoptó⁵³. Porque creemos que no es suficiente con insistir en el carácter subversivo de esta insurrección, situándola, como así se ha hecho, como un peldaño más de una periodificación de la violencia política ejercida por los sujetos sociales excluidos del régimen de la Restauración, sino que es conveniente entrar a fondo en la morfología que adoptó, en la acción de protesta propiamente dicha, e incluirla en el repertorio o abanico de formas de protesta antisistema, sean estas convencionales o no⁵⁴.

Tenemos claro ahora que, como modalidad de revuelta urbana, la huelga general era ciertamente un instrumento de protesta moderno, aunque se aplicó en el contexto de la Semana Trágica de una manera radicalmente diferente a los conflictos obreros tradicionales, orientados a la reivindicación de mejoras laborales, como la huelga general de 1902, en la que los anarquistas capitalizaron el malestar obrero canalizando la protesta hacia finalidades revolucionarias; y adoptará ya una carácter abiertamente político y revolucionario con ocasión de la huelga general de 1917. Naturalmente, es necesario entender la huelga como una expresión de un horizonte insurreccional impulsivo de los desheredados, pero también debemos recuperar la vertiente del desafío al Estado, en el que a veces no se ha hecho suficiente hincapié⁵⁵.

Pese a que la insurrección de 1909 no persiguiera objetivos políticos concretos ni consignas revolucionarias explícitas, al margen de las instrucciones concretas del comité de huelga barcelonés, en el que estuvieron presentes representantes de las principales ciudades industriales catalanas, y de la reivindicación de un régimen republicano laico y más justo, la protesta en la calle y

53. SERRANO, Carlos, «Guerra y crisis social: los motines de mayo de 1898», en CASTILLO, Santiago et al. (coord.), *Estudios sobre historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, Madrid, Universidad Menéndez y Pelayo, 1981, pp. 439-449. También, del mismo autor, *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1987 (reeditado en castellano: *El turno del pueblo: crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)*, Barcelona, Península, 2000).

54. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, «La razón de la fuerza. Una perspectiva de la violencia política en la España de la Restauración», *Ayer*, 13 (1994), pp. 85-113. Muy innovadora me parece la perspectiva metodológica presente en LOEZ, André et MARIOT, Nicolas (dir.), *Obéir/désobéir. Les mutineries de 1917 en perspective*, Paris, La Découverte, 2008, que recoge las contribuciones presentadas a un coloquio celebrado en 2007 sobre las manifestaciones de desobediencia colectiva que se desplegaron en Francia durante la primera guerra mundial.

55. DEL ALCÁZAR, Joan, *Temps d'avalots al País Valencià (1914-1923)*, València, Diputació de València, 1991, p. 252.

los comportamientos subversivos que se derivaron fueron en sí mismos, y no sólo de manera mediatizada, manifestaciones contundentes de una acción colectiva contraria y deslegitimadora del sistema político vigente, comenzando por el propio Estado, así como de la institución eclesiástica, en cuyas funciones asistenciales, educativas y benefactoras aquel se apoyaba.

Que los miembros del comité de huelga se vieran desbordados por la furia de las masas controlando simbólicamente el espacio público y los republicanos radicales y nacionalistas fueran incapaces de reconducir esta violencia supuestamente «incontrolada» que se manifestaba bajo modalidades tradicionales no es óbice para que la protesta popular fuese en sí misma una manifestación específica de acción colectiva y que tuviese finalidades políticas, por inconfesables o escasamente articuladas que estas fueran. En este sentido cobra un total significado la tesis del historiador Chris Ealham cuando afirma que esta movilización representó una gran oportunidad para la ciudad trabajadora –en referencia a Barcelona–, dotada de una esfera pública emergente, formada por escuelas laicas, cooperativas, sindicatos, casas del pueblo, de afirmar su identidad cívica y proyectar su propia agenda política⁵⁶.

Por su parte el profesor Àngel Smith ha subrayado específicamente la tradición subversiva de los estamentos populares y de los obreros catalanes⁵⁷. Otros historiadores, entre los que cabe citar a Enric Ucelay da Cal y Susanna Tavera, han constatado la larga pervivencia de una cultura insurreccionalista en la vida política catalana y española de los siglos XIX y XX⁵⁸. Asimismo, se ha interrelacionado esta vertiente violenta con la cultura republicana. Nos preguntamos si estas masas en la calle querían hacer realmente la revolución o simplemente protestar y obtener así visibilidad pública. ¿Era tan importante tener consignas claras o se trataba quizás de hacer una demostración de fuerza en la calle? ¿Era esta forma de acción colectiva el único canal de expresión política de las clases populares? En realidad, se ha analizado la huelga general de 1902 desde la perspectiva de establecer un vínculo directo entre el concepto republicano de revolución con la idea obrerista de la huelga general, dado

56. EALHAM, Chris, «La batalla per Barcelona durant la Setmana Tràgica: el xoc entre dos models urbans i dues maneres antitètiques d'entendre la ciutat», en AA.VV, *Tràgica, roja i gloriosa: una setmana de 1909*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2009, pp. 32 y ss.

57. SMITH, Àngel, «La tradición subversiva catalana. Oficios y clase obrera en perspectiva comparada», en SANZ, Vicent; PIQUERAS, José A. (eds.), *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, pp. 317-330.

58. TAVERA, Susanna; UCELAY, Enric, «Una revolución dentro de otra: la lógica insurreccional en la política española (1924-1934)», *Ayer*, 13 (1994), pp. 115-146.

que orgánica y mentalmente los universos de algunos republicanos, más bien de los progresistas, eran coincidentes con los del obrerismo organizado y más militante, a la par que a partir de 1890, los republicanos empezaron a repensar el concepto de revolución política⁵⁹.

De entrada, convenimos con Charles Tilly que la protesta social es una forma no institucionalizada, pero «normal», de participación en la política⁶⁰. Que esté formalmente organizada o no o que adopte formas de violencia reflexiva o bien irreflexiva son cuestiones que, a mi parecer, no invalidan esta afirmación. Aun cuando no estoy del todo segura que este movimiento persiguiera el objetivo de manera consciente y deliberada de presionar a las autoridades⁶¹. Ahora bien, sí que resulta difícil calificar un movimiento insurreccional con una extensión territorial tan amplia. ¿Deberíamos hablar de bullanga, como si estuviéramos todavía en el siglo XIX, de alboroto, motín o simplemente sublevación con connotaciones revolucionarias? No nos hallamos frente a un motín de subsistencia tradicional ni tampoco de un alboroto ocasionado por el odio inveterado al impuesto de los consumos⁶². Sin ignorar que la transición entre las formas tradicionales de acción colectiva y las nuevas, entre las motines y las huelgas, fue un proceso lento y desigual⁶³.

El motín tenía un carácter más bien local, mientras que la huelga requiere formas de organización más complejas y permanentes. En primer lugar, esta insurrección trajo consigo la presencia de un nuevo actor político en la calle, las masas fundamentalmente obreras, que no sólo paralizaron la vida

59. DUARTE, Àngel, «Entre el mito y la realidad. Barcelona, 1902», *Ayer*, 4 (1991), pp. 147-191.

60. TILLY, Charles, *From Mobilization to Revolution*, New York, Random, 1978 y «Modelos y realidades de la acción colectiva popular», *Zona Abierta*, 54-44 (1990), pp. 167-195. MCADAM, Doug; TARROW, Sidney; TILLY, Charles, *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer, 2005.

61. Prólogo de IBARRA, Pedro, en TRAUOGOTT, Mark, *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Barcelona, Hacer, 2002.

62. CASTRO ALFÍN, Demetrio, «Agitación y orden en la Restauración...». También del mismo autor «Protesta popular y orden público: los motines de consumos», en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 109-123. Posteriormente, una excelente reflexión conceptual, metodológica e historiográfica en GIL ANDRÉS, Carlos, «Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración: los frutos de la ruptura», *Historia social*, 23 (1995), pp. 121-135.

63. GIL ANDRÉS, Carlos, *Echarse a la calle: Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000. Otra manifestación de este enfoque que usa profusamente las fuentes judiciales y militares en BASCUÑÁN, Óscar, *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875-1923*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2008.

social, económica y cultural de las poblaciones, sino que monopolizaron el pulso cotidiano. Una presencia que traduciría probablemente la imperiosa necesidad de expresión de identidades colectivas, normalmente ocultas y escasamente visibles, diluidas en el seno de la comunidad social, entre las que destaca la de género. Las mujeres serían protagonistas indiscutibles de los alborotos, tanto las prostitutas del Paralelo de Barcelona, que podían sentirse amenazadas por futuros planes urbanísticos, como, sobre todo, las amas de casa que debían garantizar la continuidad del hogar familiar, en un momento en que sus maridos habían sido «injustamente» movilizadas y destinados a Marruecos⁶⁴.

Siguiendo a Temma Kaplan, la acción colectiva de las mujeres era una consecuencia directa de las obligaciones y responsabilidades asumidas dentro del espacio comunitario⁶⁵. La tarea de la mujer, por lo tanto, era entonces la de asegurar la vida. El dirigente socialista Josep Comaposada lo tenía muy claro: las mujeres fueron la verdadera alma del movimiento, «*sin ellas en muchas poblaciones no se hubiese exteriorizado la protesta ni hubiese ocurrido nada*»⁶⁶.

En segundo lugar, se trató de una rebelión originada por una huelga general de protesta que debía adoptar en principio un tono pacífico. La protesta afectó tanto a obreros de la ciudad como del campo, por lo que la vida económica y social se paralizó en todas partes, con independencia de que se produjeran actos violentos o no. Fue, sin duda, una insurrección originada por la carencia de legitimación de la autoridad gubernamental.

Por lo tanto, deberíamos ir más allá de la simple observación de los comportamientos incendiarios, tan presentes en la cultura de movilización y de protesta de la sociedad catalana contemporánea, y ubicarlos en una modalidad profunda de desacato a una autoridad estatal escasa o nulamente legitimada en esta coyuntura. Sin querer en ningún momento minimizar la intensa violencia anticlerical que después de algunos recientes análisis comprendemos con mayor profundidad, sea como un rechazo a la negativa impuesta por la moral católica a las clases más humildes de acceso a los placeres de la modernidad en el ámbito del ocio, o bien como medida para desbaratar, según el antropólogo Manuel Delgado, la «*institución religiosa de la cultura, la trama de sacralizaciones que ordena poderosamente la vida social y determina con razones*

64. RUBÍ, Gemma, «Catalunya, juliol de 1909. La història d'una desafecció», *Revista de Catalunya*, 253 (Septiembre 2009), pp. 9-23.

65. KAPLAN, Temma, *Ciudad roja, periodo azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*, Barcelona, Península, 2003.

66. COMAPOSADA, Josep, *La Revolución en Cataluña. Segunda parte de la Revolución en Barcelona*, Barcelona, Biblioteca de Acción, 1910, p. 31.

sobrenaturales la existencia de los individuos, un conjunto de prácticas y convicciones que hallaban en el culto católico un soporte legitimador»⁶⁷.

Por otro lado, en buena parte de los casos examinados, la población civil demostró una cierta pasividad, o bien una abierta simpatía por la protesta, y no contribuyó en muchos lugares a restaurar el orden. En la misma ciudad de Barcelona, las clases medias se adhirieron a la huelga general cerrando las tiendas, y el alcalde, que era dinástico, no quiso colaborar con el capitán general para hacerlas cambiar de parecer. Entre todos se contribuía a consolidar un nuevo estado de cosas: el paro generalizado en fábricas, talleres, en el campo y en los establecimientos comerciales, pero también el cese de las actividades de ocio, en señal de luto por los soldados caídos en Marruecos, como forma de protesta más generalizada.

Convenimos con Sydney Tarrow que en toda acción colectiva de protesta la gente reconoce sus intereses y valores comunes y se organiza, más o menos espontáneamente, más o menos formalmente, en torno a aquéllos⁶⁸. Lo que es nuevo aquí no es la huelga general, que pasó a ser la forma habitual de protesta social a principios del siglo XX. Como, sin duda, tampoco lo es la destrucción de las casetas de los consumos ni la protesta en contra de la quinta o el levantamiento de barricadas. La gran novedad fue, por una parte, la repercusión de la protesta y, por otra, la destrucción sistemática del sistema de comunicaciones con el único objetivo de neutralizar la acción represiva del Estado, el uso de la fuerza, o simplemente el boicot al cumplimiento de sus órdenes. Es decir la desobediencia, la rotunda negativa de ir a la guerra, algo que se tradujo en una gran desertión, pero también en una voluntad explícita de visibilizar este malestar a través de actos violentos de boicot y sabotaje a las comunicaciones.

Para impedir que el ejército pudiera ahogar la insurrección, pero también para tomar materialmente y simbólicamente la calle, el espacio público por excelencia. Por una razón y por otra. El sabotaje a gran escala requiere unos conocimientos técnicos especializados: este es un elemento moderno, sólo ensayado en parte por los carlistas en Cataluña durante la última guerra de

67. Sugerentes son los trabajos de CAPDEVILA, Joaquim, «Anticlericalisme popular durant les dècades de canvi dels segles XIX i XX. Una aproximació a les arrels socials, mentals i culturals del fenomen. (Aportació d'exemples de la Catalunya occidental)», *Urtx. Revista cultural de l'Urgell*, n.º 22 (Abril 2008), pp. 292-311 y de DELGADO, Manuel, en particular, «Violencia anticlerical e inconoclasta en la España contemporánea», en MUÑOZ, Javier; LEDESMA, José Luis; RODRIGO, Javier (coord.), *Cultura y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 75-99.

68. TARROW, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 2004.

1872-1876⁶⁹. Por este motivo, aunque la república aún tardaría unos cuantos años en llegar, la revuelta rebasó el marco local y no sólo adoptó un carácter anticlerical, sino también de revuelta política contra el Estado de la Restauración y la monarquía que lo sostenía. Las autoridades eran lo suficiente conscientes de este extremo. En este sentido, la historia de la Semana Trágica fue también la historia de un olvido, la substracción de la memoria colectiva de la debilidad de los resortes del Estado en coyunturas de fuerte convulsión social, aunque al mismo tiempo fiel reflejo de sus limitaciones a la hora de integrar políticamente el grueso de las clases populares. Unas clases que seguirán expresando la injusticia y exteriorizando el conflicto a través de la violencia anticlerical en la Guerra Civil, pero también bajo otras modalidades de ataque a la propiedad, acentuando así la intensidad de la violencia en vez de canalizar el malestar hacia otras formas de acción colectiva, más acordes a la Europa coetánea.

69. TOLEDANO, Lluís Ferran, «Una pugna pel monopoli de la violència», en *La muntanya insurgent. La tercera guerra carlina a Catalunya, 1872-1875*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 2004, pp. 285-335.